nace á la hospitalidad que parece ignorar en toda otra época. El camino de fierro no ha inspirado todavía al habitante de Corbeil el pensamiento de abrir asilos para el viagero; el amor propio local mas fanático no se atreveria á dar el nombre de hotel á las malísimas posadas que se encuentran aquí y allí. En esa villa se vive todavìa en el tiempo de las tabernas. Pasemos pronto.

Atravesemos el viejo puente de Corbeil, remontemos las caprichosas curvas del rio y pronto descubrirémos el campanario rústico de Morsang que oculta su pobreza bajo un manto de yedra, como el altar de su santo oculta su miseria bajo las mantillas de Valenciennes con que lo ha cubierto la caritativa cómica hija del corregidor del lugar. Ese préstamo tiene el carácter de retribucion, pues mas de una vez se ha adornado el claustro con la vieja blonda del claustro.

Colocado sobre esa larga línea de castillos de príncipes y de ricas posesiones levantadas por las finanzas, que muy frecuentemente tratan de igual á igual con el trono; punto perdido en ese gran rastro de villas que corre de Choissy á Fontainebleau, Morsang fué en otro tiempo modesto señorío, y en nuestros dias es humilde lugarejo. Merecia mas.... puede ser que su nombre haya causado su desgracia. Un viejo historiador cree que Morsang significa el lugar en que los reyes de Francia derribaban á los ciervos y á los jabalíes, cuando cazaban en los bosques de Sénart ó de Roujaux. Acaso le venga mas bien el nombre del hecho que se registra en una antigua crónica, del que resulta que por fechoría de himeneo una noble dama fué ahogada en su castellanìa. La habitacion plebeya que en los tiempos modernos se ha nombrado castillo de Morsang, tuvo otras memorias lúgubres.

En ninguna época fueron los duelos mas frecuentes y terribles en Francia, que á la caida del imperio. La Francia estaba dividida en dos campos igualmente fanáticos: la fé polìtica hizo correr mucha sangre, y horribles torneos tuvieron lugar entre aquellos que se distinguian por el color de una escarapela.

Vivia entónces en el castillo de Morsang, con su vieja madre y su jóven esposa, sobrina de M. de Calonne, un hombre absolutamente consagrado à los principios triunfantes. Un dia llegaron á Morsang varios mensageros, y volvieron á partir con precipitacion: tratábase de un cartel cambiado entre M. el conde de Saint-Morys, oficial superior de las guardias de corps del rey Luis XVIII y el coronel del Imperio, M. Barbier de Fay. Pudiera haberse dicho, como en los tiempos antiguos, que la causa de la águila y de la flor de lis, se iba à decidir por el combate en campo cercado, y que cada partido habia escogido para la lucha al mas valiente entre

sus valientes. El duelo fué terrible y á muerte. Hubo igualdad de procedimientos caballerescos, pero los lances de fortuna no fueron iguales: M. de Saint-Morys sucumbió. Su golpe hirió muchos corazones, y faltó poco para que se convirtiese en señal de una guerra civil.

El castillo de Morsang se vistió nuevamente de luto hace algunos años. Una familia jóven y hermosa se embarcó en una débil barquilla que flotó algunos momentos sobre las aguas tranquilas del rio, empujada por una brisa de estìo. A poco las olas se presentaron amenazadoras y faltó una mano esperimentada para domarlas: cuatro ecsistencias fueron amenazadas; Dios marcó tres vìctimas, tres hermanas, y entre ellas una recien casada, Madama Saint-Marc-Girardin!

Subamos á otras crónicas ménos sombrías, y digamos lo que pasó en tiempos remotos en el *árbol de acebo.*

Uno de los muchos cortijos de los caballeros de Malta que tenian encomiendas en Corbeil, estaba situado en la aldea de Savigny-le-Temple. Uno de los caballeros acostumbraba transitar de la villa à la encomienda por los bosques de Roujaux, y tomaba una senda estrecha que conducia á una encina verde rodeada de espesos tallos. Se asegura que el hermano de Malta encontraba allí siempre á una jóven de una morada vecina. A poco recibió aviso el marido de lo que pasaba, y ved aquí lo que dispuso para adquirir la prueba. Dió órden á muchos leñadores de que aserrasen por el pié los árboles y arbustos que cercaban á la encina y amarraran largos cordeles de cada uno; llegado el dia en que acostumbraba pasar el hermano de Malta, hizo el señor que estuviesen ocultos muchos de sus vasallos agarrando los cordeles. Dada la señal cayeron los árboles en derredor de la encina, y el señor quedó sorprendido al ver á su inocente compañera rodeada de un número considerable de niñas, á quienes enseñaba á coser é hilar para que se vistiesen los pobres. La tradicion no dice si la castellana habia sido advertida de antemano por su contra-policía.

¿Llegaria esta crónica à conocimiento del duque de Autin, y haria de ella un plagio en beneficio de Madama de Maintenon?

Un árbol, llamado de acebo, ecsiste todavía en medio de los lugares áridos y espumosos de Morsang, y es rey de ese desierto á que sirven de límite los bosques de Roujaux y el Sena. Nadie puede decir su edad; los mas viejos del lugar lo conocieron viejo en su juventud, y sus mayores hablaban de aquel árbol como del decano de los de la comarca. ¿Será acaso la encina de que habla la tradicion?

Se ha dicho que en los tiempos modernos habia continuado este árbol dispensando su proteccion á los amores. Colocado á igual distancia de varias aldeas, mas de una vez ha recibido en sus cavidades los misteriosos

mensages de las castellanas de los alrededores. Desgraciadamente de algunos años á esta parte se han colocado de propia autoridad satélites severos á la entrada de este buzon campestre. Un enjambre de avispas vela allí sin cesar y su zumbido se traduce, en lengua de guardia nacional, por estas palabras: *Pasad adelante.*

Hace muchos años que tiene Morsang por su primer magistrado al decano de los pensionistas retirados de la Comedia Francesa, M. Dupont, que crió el papel de Abel de la tragedia de Legouvé y es padre de la ingeniosa criadita, fiel intérprete de Molière. Vive como filósofo y como patriarca en la mas deliciosa oasis de los alrededores de Paris. Yo he oido al viejo cómico catequizar á los esposos sentados en la silleta conyugal: Fenelon no se habria espresado mejor. Despues de la peroracion, el beso del corregidor es de ceremonial obligatorio, y cada jóven lo acepta como una cosa santa que debe protegerla toda la vida. Este recuerdo se graba en la memoria y en el corazon.

En Morsang no se dice *yo me casé* en 1835, sino M. Dupont *me abrazó* en 1835. Cuando se pide en matrimonio à una jóven, se le dice: *¿Cuándo quereis que os abrace M. Dupont?*.....

Los convidados de mas nombradìa en las artes, se han sentado á la mesa hospitalaria del corregidor cómico. Los últimos dias de Talma fueron celebrados en Morsang. Una comida campestre fué improvisada en el bosque de Roujaux, á cuya cumbre sirve de corona la casita de M. Dupont. Cada convidado era miembro de la Comedia Francesa. Talma, que estaba alegre como un niño en libertad, fué llevado á pesar suyo á lo que la gloria tiene de mas solemne y poético, cuando vió puesto su nombre como inscripcion monumental en una encina que desde ese dia debia llamarse el *árbol de Talma* y no ser derribado jamas, á fin de perpetuar la memoria de su visita à la aldea.

El árbol de Talma estiende cada año sus vigorosas ramas en medio de los bosques solitarios. El pueblo de los campos ha preguntado cuál es el significado de ese nombre, y algunos lo han aplicado à uno de esos soldados de las milicias santas á que recurre la humanidad en sus momentos de dolor. Así es que una pobre muger, saliendo al encuentro de su hijo á quien la recluta habia llamado á Corbeil, lo vió sin sorpresa volver portador de un número alto. «Yo estaba tranquila, dijo á M. Dupont, porque habia ido à visitar el *árbol de San Talma.*"

Esa tierra, á la que está unida la memoria del gran tràgico, reune una colonia de artistas en todos los géneros: del otro lado del rio, en la aldea de Coudray, cerca del castillo ocupado mucho tiempo por el mariscal Jourdan, tiene su elegante casa Firmin el de la Comedia Francesa, en la que

recibe con urbanidad y cultos modales. Nuestro célebre escultor Bosio tenia cerca de allí su habitacion rural. El buque de vapor que se desliza por esas aguas, lleva frecuentemente los manuscritos del periódico de Julio Janin. Hoy Fretillon y Dejazet son la castellanía de la antigua retirada del estatuario. Sigámosla y lleguemos con ella à Seine-Port, pasando cerca de los *caballeros*, fragmento de muralla contínua que se asegura haber pertenecido al sistema de fortificaciones de la Liga. Echemos una ojeada sobre el lugar en que estuvo construido el pabellon Bouret, monumento de locura de un cortesano que gastó cuatro millones para recibir una visita real. La banda negra borró ese capìtulo de la bajeza humana, y con los fragmentos del pabellon de Croix-Fontaine, han hecho casitas los plebeyos habitantes de Seine-Port.

En la vida de ese financiero Bouret hay una anécdota graciosa. Siendo jóven y pobre dió una firma en blanco á una actriz bonita de la Comedia Francesa, en cambio de un poco de amor; ya rico y viejo recibió un dia la firma en blanco de su juventud, con estas palabras que le precedian: *Prometo amar á la Señorita Gaussin toda la vida, bajo pena de veinte mil escudos si me desdijere.* Bouret pagó con la mejor voluntad del mundo.

En Seine-Port la Señorita Dejazet está casi en pais de camaradas; á algunos pasos de ella vivió una gran cómica, la noble castellana de Sainte-Assise, la esposa del duque de Orleans, abuelo del rey Luis Felipe, madama de Montesson, que tuvo por gefe de cábala á Voltaire de rodillas. Alejémonos de su tumba, que pronto volvéremos á encontrarla en su castellanía: pero hagamos alto un momento en Seine-Port.

La pasion de la pesca con red que acrecienta su fuerza en el injusto martirio que le hizo sufrir el sarcasmo y que cuenta por apóstoles de su no comprendido culto à Talleyrand de Périgord, à Rossini y à la Malibran, sin contar à personas menos célebres; las pescas con red eran el pasatiempo de los reyes que no hacian nada, porque, colocados en condicion de hacer el bien y el mal en una proporcion que acaso no hubiera sido en provecho del bien, prefirieron no hacer nada absolutamente y se resignaron á no inspirar terror mas que á los pueblos de las riberas. Un dia el rey Luis XIII arrojó su red y sacó un barbo soberbio, al que se le encontró en los intestinos una piedra preciosa de mucho valor. En memoria de este caso fué erigida la abadía del Barbo, y este pescado, á la muerte del real pescador, fué trasladado de Seine-Port á Fontaine-le-Port en donde aquel fuè sepultado. Los barbos de aquellos parages no se alimentan de diamantes, pero eso no impide que Seine-Port sea un pais muy apetecido, sobre todo en el mes de setiembre, gracias á una costumbre que el tiempo no ha destruido del todo, y que data de la época en que el cura de aquel lugar llevaba al

prior de San Juan de Corbeil el estraño tributo de que hicimos mencion. Antiguamente el primer domingo de setiembre se arrojaba sobre Seine-Port una poblacion numerosa de visitadores. Los recienvenidos tomaban el nombre de *Primos de setiembre.* Este título daba derechos de entrada y alojamiento en la casa que se escogia, sin que fuese necesario ser conocido del propietario. Cuando se habia pronunciado una fórmula que puede traducirse en estos términos: «Soy primo de setiembre y pertenezco á la familia sin ser miembro de ella," quedaba uno de huésped en la casa durante las fiestas y no era raro que el dueño de ella fuese á pedir hospitalidad para sí á sus gallinas ó à su caballo. El dia de hoy la fiesta de Seine-Port tiene un reflejo lejano de aquel humor hospitalario que distinguia á los antiguos moradores. Al acercarse el domingo de la festividad, los coches del alto Sena, los carros y los botes adornados de verde follage, conducen numerosas caravanas que son recibidas con una cordialidad de que se encuentran muy pocos ejemplos en cualquiera otra parte.

Seine-Port es el antejardin de Sainte-Assise [Seine Assise]; en un cuarto de hora se atraviesa la distancia que separa la aldea del castillo. En Sainte-Assise se celebró entre el duque de Orleans y Madama de Montesson, un matrimonio que Luis XV ordenó permaneciera secreto todo el tiempo que se pudiese, pero no pudiéndose ya al muy poco tiempo, toda la corte penetró en el secreto. El duque de Orleans que hasta entónces se habia visto reducido á hacerse M. de Montesson, pudo en fin hacer á Madama de Montesson duquesa de Orleans. Parece que toda su vida se ocupó menos la duquesa de la opinion de la corte que de la del pueblo en cuyo seno vivia. Rival de las tres mejores actrices de su tiempo con las que luchaba en natural, en gracia y artificio, era superior á todas las grandes señoras en su modo de hacer el bien. Durante un invierno rigoroso pensó que valia mas dejar helarse á los naranjos que á los pobres, y los hermosos invernaderos de Sainte- Assise fueron trasformados en salas de asilo y en refectorios de caridad. Era este un epigrama de hecho contra la corte que daba una pension al poeta Collet por unos versos sobre la toma del puerto de Mahon.

El castillo de Sainte-Assise pasó á la familia del rico y benéfico banquero suizo Pourtalés. Hoy pertenece al príncipe de Beauvau, quien ha confiado à las artes los nuevos adornos de esa residencia de príncipes.

Una dependencia aislada del castillo y mas baja que él, á orillas del Sena, se llama el pabellon de Sainte-Assise: allí se retiró uno de los fieles amigos del mártir de Santa Elena. Allí refugió M. Marchand el piadoso culto que rendia á la memoria de Napoleon. Los pescadores de

aquellas riberas pasan con respeto por delante de esa casa, como lo hacian los cristianos de las primeras edades delante de la celdilla del peregrino que habia tocado la tierra del santo sepulcro.

De Sainte-Assise à Melun, las dos riberas del Sena hacen un asalto de seduccion y de coquetería. Se presentan primero los dos *Boississe,* las *Aguas Vivas;* mas arriba *Bellombre* pone sus grandes árboles entre el rio y *Dammerie;* Dammerie célebre por su abadía de *Lys* y por mucho tiempo arrogante de poseer el corazon de la reina Blanca, su fundadora, y la disciplina con que se azotaba el rey San Luis.

Los cronistas de la Liga, narradores inclinados á la mentira muy á menudo, han dicho que un dia Enrique IV, ferviente visitador de los claustros en que habia abadesa, vino á la abadía de Lys y en la conversacion preguntó á la superiora Catarina de la Tremouille, cuantas religiosas habia en el monasterio y quienes de ellas tenian directores: la abadesa satisfizo à estas preguntas. Enrique IV se manifestó sorprendido de que escediera el número de religiosas al de directores. *Vuestra admiracion es esacta,* respondió ingenuamente la abadesa, *pero V. M. no sabe que se necesitan algunas para los que vengan despues, lo que no podria hacerse si cada una tuviera el suyo.*

La revolucion del último siglo puso en fuga á las monjas y echó por tierra el claustro; no quedan mas que las ruinas de la iglesia, que se presentan en el centro de una deliciosa propiedad que perteneció al marqués de

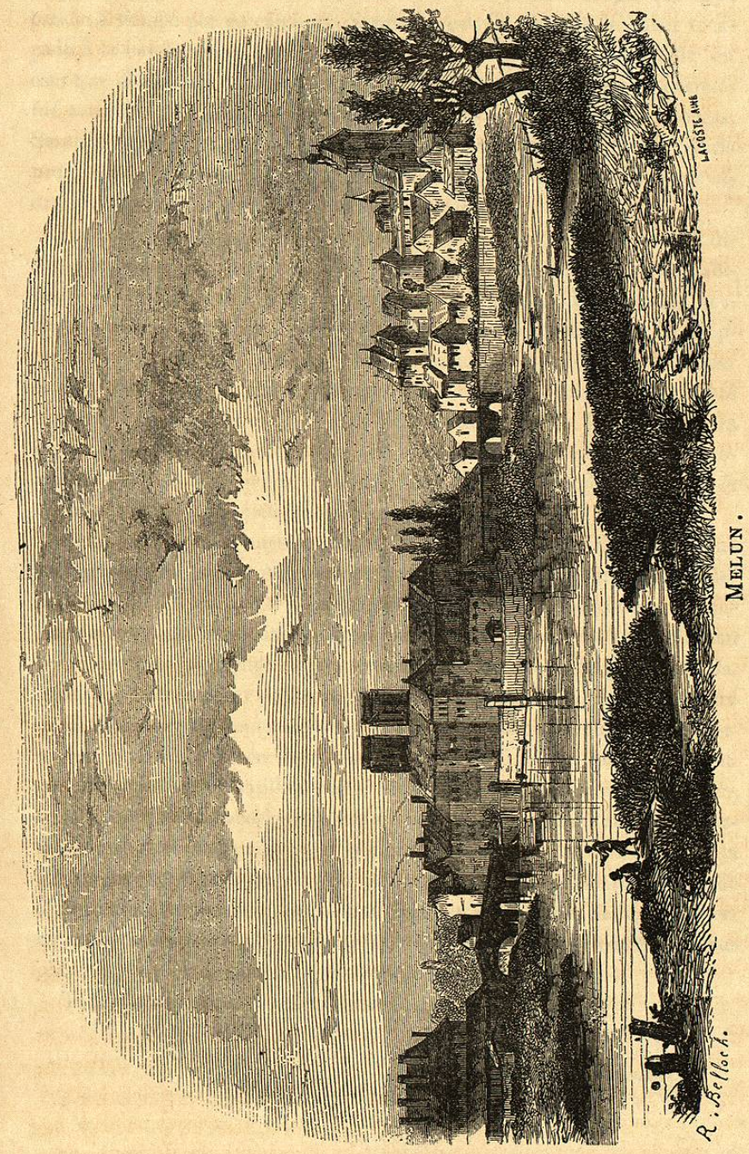
Latour-Maubour, quien murió siendo gobernador de los inválidos. Allí donde las monjas de Citeaux relajaron con frecuencia el rigor de la disciplina, fué á reposar el viejo guerrero su vida gloriosa, sumisa hasta el fin á la severidad del deber, fiel sin debilidad al culto de las virtudes caballerescas.

Si quisiéramos ojear las aldeas que se apiñan en derredor de Dammerìe-le-Lys, podríamos pedir algunos recuerdos al cortijo de *Farcy* y hacer su arqueología á la aldea *le Mec*. Pero tengo prisa de llegar á Melun, que es nuestra última jornada.

Si quisiera acariciar la manía de los indígenas, sería yo aquí el juguete de uno de esos fenómenos físicos que mas de una vez (creo que Marco-Saint-Hilaire lo ha dicho) hizo creer en los desiertos de Egipto á los soldados del primer cónsul que volvian á ver á Paris y las cercanías de San Gervasio; con un poco de complacencia se reproduciria en Melun esta ilusion. Allí, como á la entrada del Sena en la capital, corta el rio á la villa en tres partes. De ahì las pretensiones de los viejos cronistas que tienen á Paris por una falsificacion de Melun; de ahí el proverbio *despues de Melun Paris:* de ahí los versos con que se ilustró en otro tiempo el blason de esa villa.

Cuando uno escribe por sì mismo su historia y sus blasones, no es mucho que los cargue de lo maravilloso y los perfume de poesía. Esto hizo Melun: no tomó para sus padres ó patriarcas á pobres pescadores; es una reina errante, una egipcia nombrada Jo, seducida por la belleza de una de las islas del Sena, à quien escogió la imaginacion de los poetas para fundadora de Melun. La reina pasó al estado de divinidad y los anticuarios de Melun se desesperan por no haber encontrado jamas una sola piedra que certificara la ecsistencia de un templo á la divina Jo, ni la de un trono, un pedestal, un simple zócalo à la real Jo.

Ha sido preciso que Melun, de buen ó mal grado se haya resignado en la historia á tener por padrino á Julio César, ese gran bautizador de las villas y aldeas de los galos; y no encontrándose el nombre eufónico que supo dar la bella egipcia, ha sido preciso tambien conformarse con el de *Melodusman* que fué trasformado en el de Melun. Allí donde muchas razas de reyes han tenido sus residencias y muchas generaciones de condes y vizcondes sus palacios: allí donde conspiró la Fronda y pasó Cárlos IX, se necesita espacio para la sangre y las miserias. Pero restrinjamos nuestra tarea. Saludemos en Melun el suelo en que estuvo el campo de Abelardo, aquella academia al aire libre y sin cesar ostigada por la persecucion, donde el amante de Heloisa, siempre sobre el quien daba sus lecciones de filosofia, à disgusto de los concilios. Demos un pensamiento á la feliz estrella del pobre hijo del artesano á quien encontraron dormido unos



MELUN.

CAPILLA ALFONSINA

monges en un arrabal y del que hicieron el traductor de Plutarco. Que de grandes glorias habrán nacido muertas á falta de un monge que haya pasado á tiempo por su camino! Santiago Amyot, despues de haber escapado á la hambre tuvo lo dicha de escapar á la hoguera. Mas feliz en esto que el modesto sabio, el magistrado filántropo que dos siglos despues fué arrastrado de Melun á Paris para el cadalso de la República francesa, Santiago Amyot, colmado de dignidades, de beneficios y de tìtulos, habria podido decir como Bailly: *yo soy un ejemplo bien seguro de que se puede alcanzar todo, aun los primeros honores, sin intriga.*

Todavía unas cuantas palabras sobre ese país; Cárlos Nodier nos las dirá, escuchadle. «Un antiguo proverbio hace fruncir las cejas á los habitantes de Melun cuando se les pide de comer anguilas." De todas las versiones sobre el orígen de ese proverbio, se ha convenido esta vez en adoptar la mas razonable. Un habitante de Melun fué comisionado de hacer el papel de San Bartolomé en la representacion de un misterio; el pobre hombre, á la vista del cuchillo y de los garfios de que se hacia uso para imitar el suplicio del santo, creyó que la ficcion pasaba à realidad, y comenzó á dar grandes gritos. De ahí vino el dicho vulgar: *es como la anguila de Melun que grita ántes de que la desuellen.*

Aquì està marcado nuestro alto, no obstante el atractivo del paisage que nos arrastra mas allá. Adelante encontrariamos la Rochette, árida soledad en otro tiempo, como lo indica su nombre, que los niños de los hospicios demostraron hace casi un siglo, y cuyos hermosos árboles se lanzan hoy á las nubes, diciendo lo que pueden el trabajo y la perseverancia. Mas allá iriamos á dar al Paracleto, oratorio de Abelardo, luego claustro de Eloisa, y últimamente sepulcro de ambos. Luego dariamos con el Sena, ese cortesano que en Paris besa los piés del Louvre, se libra de su servidumbre y en Chatillon corre altivo de haber resistido á Napoleon, que quiso en vano hacerlo navegable. Despues llegariamos al viejo Moustier donde el rio fué puesto, por la cándida fé de nuestros padres, bajo la proteccion de un buen anciano de quien el Papa hizo un santo: cerca de allì estan las colinas boscosas de San German de la Viña, de las que se escapa ese manantial lento y mudo que irá á aumentar el Oceano con sus olas y á mezclar su nota á la voz de sus tempestades.

Toca á otros la descripcion de estos paisages.

MAURICIO ALHOY.

CAPILLA ALFONSINA